

## DISCURSO

del

ILTMO. SR. DON JOSÉ GUERRERO LOVILLO

contestando al de recepción del

Iltmo. Sr. Don Francisco J. Presedo Velo

Excmo. Sr. Presidente,  
Dignísimas Autoridades,  
Excmos. e Iltmos. Sres. Académicos,  
Señoras,  
Señores:

Un insigne historiador —que ya se nos fue— nos dejó dicho que apenas hay orador o conferenciante que, en trances como los que vivimos, no se sienta acuciado por el deber de discurrir sobre las causas de los profundos cambios y no menos radicales sacudidas que hoy afectan a civilizaciones, culturas, pueblos y Estados. Se tienen en cuenta —¿cómo no?— el ideario, incluso las economías y recursos de naciones, de familias y hasta de individuos. No cabe duda de que la preocupación acerca de temas candentes del momento excepcional en que nos debatimos entraña un interés en razón directa de la actualidad del tema. Pero esta preocupación debe enlazar tanto con la raíz antigua, como con el decoro futuro de nuestra historia. Ya tenemos aquí el planteamiento y por supuesto la génesis de uno de los más bellos títulos que integran el legado de Don Gregorio Marañón: Raíz y decoro de España, él que fue en

un todo honra, prez y decoro de España. Pues justamente ésto es lo que yo traigo esta tarde ante vuestra consideración a la vista del magnífico discurso que acabamos de oír y de los méritos que concurren en su autor. No versa dicho discurso sobre las raíces u orígenes o incluso sobre los azares de nuestro primigenio sentir nacional, que así fuera esperarlo de la competencia y autoridad de quien lo ha pensado y escrito, sino que aborda un tema tan antiguo en el tiempo como bien distante en el espacio, tema siempre revelador y siempre nuevo y que nos trae, en verdad sin proponérselo, la resonancia de un decoro y de un prestigio en un nuevo frente de conocimientos como el que ahora, y merced a estas nuevas generaciones, se empeña nuestra cultura nacional, acaso excesivamente encerrada en sí misma.

Día señalado hoy, en que además de festejar a nuestra Santa Patrona según tradición, esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría abre de par en par sus puertas para dar posesión de su sillón académico a un intelectual puro, a un gran investigador, a un gran maestro universitario, al Profesor D. Francisco Presedo Velo.

Yo pondría la biografía de nuestro querido amigo, y ya compañero por derecho propio en el solar académico, bajo este signo: la raíz y el decoro de España. La raíz, porque ha investigado incansablemente hasta alcanzar el mayor de los éxitos, justamente en las propias profundidades, en las mismas raíces de nuestra historia. Y fue allí, precisamente, donde le fue otorgado el sin par galardón de alumbrar nada más y nada menos que a la Dama de Baza, hermana en un todo de la Dama de Elche. Que esa tumba número 155 de la Necrópolis del Cerro del Santuario de Baza, más que una sepultura es a mi modo de ver una cuna, donde arrullada por el tiempo, adormecía una de las más ricas preesas de nuestro arte ibérico. Su fecha, su vejez, nos la dice con todo rigor nuestro compañero, primera mitad del siglo IV antes de J. C. Y es igualmente seguro de que se trata de una divinidad protectora de los muertos, y no un retrato como se creía existía entre los iberos. Pero los historiadores del arte somos menos radicales, menos concretos que los arqueólogos. Y por lo mismo yo quiero creer también que, como su hermana la Dama de Elche, es más que eso: una sacerdotisa y de las más insignes, que casi medio milenio antes de J. C. encendió y cuidó del fuego sagrado de nuestra nacionalidad. Las circunstancias del hallazgo fueron en ambos casos bien diferentes: si en la de El-

che preside en su alumbramiento un venturoso azar, como tantos otros que recordamos, en la de Baza se trata, por el contrario, de un azaroso compromiso con la tarea irrenunciable de un investigador acrisolado, embebido en sus textos y en sus prospecciones y a la búsqueda siempre de las profundidades de España. Y en esos riesgos, desvelos, incertidumbres, azares en suma, como si fuese en unas justas caballerescas medievales, Presedo recibe el presente de una dama.

Había llegado a nuestra ciudad en 1970. Y desde aquella fecha ha seguido haciendo lo mismo que hasta entonces: trabajar sin descanso tanto en la servidumbre docente como en otras vinculadas, poniendo siempre a contribución su pericia, su acrisolada honradez, bondad en suma, e incluso en un alto grado una virtud que no suele prodigarse, la seriedad, la gravedad. Gravedad con cierto matiz senequista patente en su sobriedad expresiva y en su profundidad. Un dicho famoso del gran filósofo de Córdoba le cuadra a nuestro compañero de muy singular manera: *Licet sapere sine pompa, sine invidia*. "Se puede saberlo todo sin fatuidad y sin envidia". Sin fatuidad. Tal vez por ello, por esa humildad ejemplar, ha preferido callar, en este su discurso de recepción, la raíz, es decir lo nuestro, las honduras de nuestra historia, para decirlo en pocas palabras, su gran éxito de aquella mañana calurosa de julio de 1971 en los cerros de Baza, en los campos de la Bastetania prehistórica e histórica. Y en cambio se ha decidido resueltamente por hablar-nos de algo que comporta justamente el decoro de España, aquel *Decus hispaniae* alfonsí, de nuestro Alfonso X el Sabio. *Decus hispaniae*, es decir, el decoro, la gloria, la honra, la reputación, el prestigio de España proyectado ahora más allá de sus fronteras. Hoy que tanto se habla de la presencia de España en el concierto europeo e internacional, he aquí que nuestro compañero ha laborado de manera singularísima y denodadamente en pro de ese prestigio de España, al desarrollar una labor de enjundia, unánimemente reconocida, y ello más fuera que dentro, en las excavaciones desarrolladas a orillas del Nilo. Y recabando para nuestros museos un verdadero tesoro de piezas de incalculable valor testimonial y artístico.

Por su sangre celta, de esa Galicia fina y multiseular, tejida en cendales de nieblas, donde Unamuno creía escuchar el palpito de "druídicos misterios bajo sus oraciones evangélicas", le viene a Presedo, no algo, sino mucho, de su específica vocación. Tras el

Doctorado quedó firmemente esclarecida y cimentada, merced a su paso por el Seminario de Historia del Hombre que entonces dirigía el Profesor Martínez Santa Olalla. Fue así como se inicia su formación como filólogo, historiador y arqueólogo. Presedo tenía ya en su haber un claro discernimiento de arqueológicas profundidades. Y una clara aptitud para convertir en limpio relieve de friso o frontón cualquier vivencia capaz de deslizarse desde la pala y el pico hasta la pluma. Allí se le condensaba, como cristalina piedra, todas sus nostalgias de siempre, como si ávidas de vuelo en un espíritu inquieto, hubieran de ser definitivamente ancladas en la tierra.

Así se fue formalizando paso a paso su actividad investigadora, iniciada en 1951 como Colaborador técnico de la Comisaría General de Excavaciones arqueológicas, de la que llegaría luego a ser nombrado Subcomisario Nacional. Director de las excavaciones de Baza después, escalonadas éstas desde 1953 hasta 1971 en que tiene lugar el sensacional descubrimiento. Sigue excavando también en Carteya, con resultados que ya expuso en el reciente Congreso de Historia-Antigua celebrado en Madrid en 1975. Más reciente, en este mismo año, ha encontrado la fundación vieja de Carteya, la Carteya fenicia.

Si de verdaderamente trascendental han de reputarse las aportaciones de Presedo al campo de la Arqueología hispana, no lo es menos en el campo del Orientalismo, especialmente en lo que atañe a la Filología y Epigrafía egipcias. El signo de su vocación por los estudios universalistas y orientalistas procede de su maestro el Profesor Montero Díaz. Nuestros especialistas no habían salido prácticamente de lo español y, aunque ello entraña una labor seria, noble e impresionante, no deja de ser honroso y altamente positivo el que nuestros estudiosos rebasen nuestras fronteras a la búsqueda de áreas nuevas para ejercitar nuevas dimensiones. De su especialización en este campo y del prestigio en él conseguido es buen exponente el que en el Primer Congreso Internacional de Egiptología, celebrado en El Cairo últimamente, él haya ostentado la presidencia de una de sus secciones y que una de las ponencias que allí presentara se refiera a los textos jeroglíficos exhumados en la última campaña, 1976, de Herakleopolis Magna, textos referentes a la época intermedia de la historia egipcia, de la que es prestigioso especialista, e incluyendo en su estudio la transcripción, traducción y comentario de los mismos.

En razón de esta entrega a la Egiptología, nuestro nuevo compañero ha realizado reiterados y prolongados desplazamientos a aquellas tierras, centrandó su actividad en las excavaciones de Kasar-Ico y Abkanarti en Sudán, y de Tumas y Herakleopolis Magna en Egipto. De todas estas singulares experiencias ha dejado amplia constancia en abrumador número de publicaciones, en medios nacionales y extranjeros, así como de unas pulcras traducciones de valiosas monografías para facilitar su tarea universitaria.

Desde 1969 es Catedrático numerario, por oposición, de Historia Antigua de nuestra Universidad. Insistiendo en aquella línea universalista a que antes hemos aludido, es propósito suyo crear en nuestra Facultad una especialización en Egiptología, con lo que se habría de salvar una gran laguna en el ámbito de nuestra cultura. ¡Qué maravilla! Al finalizar el siglo XX, unos muchachos, universitarios de Sevilla, herederos en línea directa de aquellas tribus turdetanas o bastetanas, son capaces de leer y descifrar cualquier antiquísimo jeroglífico egipcio.

España no debe quedar ausente de estas especulaciones y ello habría de dar una dimensión nueva y de sentido más universal a nuestro humanismo. Tampoco pierde de vista el clasicismo greco-romano y concibe la Historia antigua como un todo orgánico.

A la vista de tan nutrido cortejo de méritos, no es de extrañar el que la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando le haya nombrado su correspondiente en nuestra ciudad. Es asimismo miembro de la Comisión de Monumentos y miembro de número del Instituto Arqueológico Alemán.

Entiendo que es preceptivo, o casi lo es sancionado por la costumbre, el que el académico que contesta al recipiendario glose de alguna manera su discurso de ingreso. Ya habéis comprobado sus alcances. Es, ni más ni menos, que un nuevo refrendo de la muy especial capacitación que asiste a nuestro compañero. El tema central del discurso del nuevo académico es, como nos acaba de decir, antiguo, muy antiguo: una parcela del Egipto faraónico centrada en Deir-el-Medina. Con fina intuición artística, arqueológica y hasta poética, ha penetrado en el *status* de los artistas y ha detectado sus posibilidades, que eran muchas, las mismas que nos los alcanzan desde su condición artesanal, desde su anonimato hasta la condición de artista creador, aunque fuese en el marco encorsetado de lo que solemos denominar "arte oficial". Nos habla asimismo de las técnicas empleadas en estos pequeños documentos, del colorido em-

pleado y de la manera de obtenerlo. También de las motivaciones de este arte, de sus innovaciones estéticas, de su amor por el natural, etc. Hay en este arte un afán progresivo que, aun teniendo en cuenta el peso de la tradición, parece remontarse hasta recoger el legado de Tell-el-Amarna. Y es así como surge este arte independiente, realista, individualista, satírico y tan lejano ya del arte mayestático del Imperio Nuevo. Y todo ello con un aire de modernidad, de originalidad y un auténtico ímpetu creador.

Su discurso se nos antoja como si de un grueso infolio nutrido de maravillosas, admirables miniaturas, él hubiera arrancado unas cuantas páginas para ofrecérnoslas con la mejor convicción de haber desentrañado el ritmo de este arte, ya no siempre triste ni funeral, tampoco mayestático, sino alegre, desenfadado, crítico y criticón, tal como hace ya muchos años alcanzamos a entrever en aquel delicioso librito "Cantos y cuentos del Antiguo Egipto", que en la incipiente colección "Musas lejanas" de la antigua Revista de Occidente, acertara a publicar Ortega y Gasset.

He aquí, en apretada síntesis, la personalidad humana y humanista del nuevo Académico: filólogo, prehistoriador, arqueólogo, gran maestro universitario, historiador y siempre hombre cabal y abierto a un sin fin de inquietudes. Y todo ello con eficacia y silencio. La historia verdadera, la auténtica historia, la que registra el temblor profundo del espíritu humano, siempre en vías de perfección, se va alzando en su andamiaje día a día y con materiales eternos. Sobre las convulsiones de cada generación, de cada hora, siempre gravita un destino irreversible que nos conduce inexorablemente hacia un futuro siempre esperanzador. Un ilustre compañero de cátedra, y académico, vino a decir en señalada ocasión a quien hoy recibe esta Academia con público alborozo: "De todos los historiadores y arqueólogos españoles que formamos en la actual generación, tú serás el único que pases a la posteridad, tú, el descubridor de la Dama de Baza". Pues bien: recibamos con los merecidos honores, no sólo al descubridor de la Dama de Baza, sino también al universitario ilustre que, atento siempre al mensaje luminoso de la armonía y de la paz humanas, busca para su patria, afanosamente, nuevos horizontes culturales. Aquí la *raíz* y aquí el *decoro*.

Querido compañero y gran amigo: Has tomado posesión, y con muy justos títulos, de tu plaza de Académico de Bellas Artes. La Academia se honra contigo, como tú has de honrarte al pertenecer a

esta noble Corporación. De esta simbiosis todos esperamos mucho.

Yo sólo quiero ahora agradecer a esta Real Academia el honor que me confiere al haberme designado para contestarte en esta memorable ocasión. Y a ti, tras el abrazo ritual académico, darte, en nombre de todos nuestros compañeros, la más cordial y entrañable de las bienvenidas.

Miguel Ángel y su circunstancia